

Plaza pública

► *Echeverría y el silencio*

► *Un nuevo libro de Luis Suárez*

Miguel Angel Granados Chapa

Lo mismo en los *esqueches* del teatro Blanquita que en las conversaciones de sobremesa en el Rívoli; por igual entre muchos *onderos* que entre atildados funcionarios de la actual administración; de semejante manera entre choferes que entre señoras de clase media alta, toda referencia política converge inevitablemente hacia el ex presidente Luis Echeverría. Casi siempre se le recuerda para mal; algunas voces tímidas admiten tenerle afecto, aunque no dejen de reconocer los errores en que incurrió. Pocos, muy pocos tienen los arrestos, la oportunidad o los argumentos para ensalzarlo como antes lo hicieron muchos.

Esa presencia por lo menos verbal tan intensa de Echeverría en nuestras plazas públicas explica el éxito editorial que está teniendo el más reciente libro del periodista Luis Suárez titulado *Echeverría rompe el silencio*. Aunque va haciéndose frecuente la treta mercantil de ponerle a la primera edición el marbete de que se trata de la segunda, el autor me asegura que esta vez el aviso correspondiente es verdad, y que está ya en circulación la segunda tanda de 10 mil ejemplares que se han impreso.

Un acercamiento frívolo al título del libro llevaría a preguntar si como en cristalería, después de haber roto tantas cosas Echeverría la ha tomado ahora también con el silencio. Y ese mismo acercamiento frívolo encontraría inexacto el mismo título, pues de él se desprende que el ex presidente ha observado un mutismo que está muy lejos de guardar. Por lo contrario, ya retirado de la función presidencial, sigue tan aficionado al discurso público como cuando ejercía el mayor poder político de nuestro país. Recuérdese que tomando pie en esa arraigada afición oratoria, Salvador Novo escribió el siguiente apigrama cuando en julio de 1972 se anunció la principal ceremonia por el centenario de la muerte de Juárez: "Aunque a Juárez reverencio/ me parece una utopía/ creer que tendrá Echeverría/ un minuto de silencio".

El libro de Suárez recoge fundamentalmente conversaciones sostenidas por él con Echeverría en Cuernavaca el 7 y el 8 de julio de este año, y en algunas fechas posteriores. Parte de esa larga entrevista fue publicada por Suárez en la revista *Siempre!* el primero y el 8 de agosto de 1979. Sin embargo, en esta obra (subtitulada *Vendaval del sistema*) Suárez incorpora materiales obtenidos en otras pláticas, sostenidas a lo largo de mucho tiempo, en ejercicio de una amistad iniciada en los cuarentas; agrega consideraciones personales sobre las respuestas que Echeverría formula a sus preguntas; sitúa algunos acontecimientos en su contexto para que adquieran mayor inteligibilidad y proporciona un riquísimo material fotográfico, algunas de cuyas piezas no sólo tienen valor icónico, como imágenes, sino también políticas como las incluidas en las páginas 119, 120 y 122, donde aparece el presidente López Portillo visitando a la familia Echeverría en San Jerónimo, en este mismo año.

Más allá del amarillismo que ha ido tiñendo el examen de la actuación presidencial de Echeverría, y como contribución al análisis menos sensacionalista sobre ese periodo, que también va formulándose lentamente, este libro de Suárez tiene un alto valor documental, porque por más cuidadas y retóricas que sean sus respuestas al interrogatorio que formuló a Echeverría, éste ayuda a pintar su retrato, sobre todo como nudo de contradicciones. Una tan trivial que resulta ilustrativa consiste en expresar su desdén a los que lo critican y al mismo tiempo llamar por teléfono desde Canberra a un antiguo colaborador suyo para preguntarle qué dicen los periódicos sobre su nombramiento como embajador en las Islas Fidji. Por cierto que la respuesta que recibió se refiere al cartón que a ese propósito publicó aquí mismo el inteligentísimo Magú: "Una caricatura dice que la primera misión del embajador en las Islas Fidji es informar dónde quedan las Islas Fidji".

unomásuno

La Cámara, en movimiento

No siempre el tono de las controversias que se suscitaban en el seno de la Cámara de Diputados se mantenía a la altura de lo que debe ser, en un recinto parlamentario, el diálogo de la inteligencia. Muchas veces, exabruptos, no pocas veces estallan las injurias y alegatos adquieren en ocasiones el tono de las distorsiones personales. Pero si esta ruptura de la calma serena que imperaba en los tiempos de la Cámara unipartidista —o casi— puede desagradar a algunos, lo cierto es que no se trata sino del pago de una moneda cuanta a cambio de los diarios avances de la reforma política expresada en el pluripartidismo.

El manto de la infalibilidad que por sistema amparaba a las iniciativas del Ejecutivo o del bloque mayoritario, ha comenzado a ser roto por los cuestionamientos hechos desde las curules de la oposición. Eso es algo muy positivo. Lo es porque ya se está sucediendo en el país que legislar es aportar luces y examinar los pros y los contras de los proyectos de ley, franco repudio al acto mecánico de alzar el dedo que lo único que impera, como razón suprema, es la consigna de partido.

Por más que el líder de la mayoría priísta ha hecho ayer un discreto extrañamiento a los diputados de su partido que a la hora de votar disienten de la línea fijada —como acaba de ocurrir a propósito del proyecto de exención de impuestos a las escuelas particulares— ese derecho a disentir sin salirse de las líneas generales fijadas por la afinidad ideológica tendrá que seguir fortaleciéndose si, como aseguran siempre los dirigentes de los partidos políticos, éstos mandan a las cámaras a sus mejores hombres: dejarían de serlo si delegaran en otros su derecho y obligación de pensar bien y actuar en consecuencia.

Es alentador, por otra parte, que la mayoría priísta comience a reconocer también que la aplanadora de los votos no siempre puede sepultar a la razón y que, en casos en que hay serias dudas respecto a la bondad de un proyecto de ley, a la claridad de sus términos y al verdadero alcance de los mismos, no se abate a las banderas del triunfalismo y la infalibilidad para sacarlo adelante. Así, a propuesta del líder Luis Farfán, el proyecto de la nueva Ley de Responsabilidades de Funcionarios y Empleados Públicos, que ofrece algunos puntos controvertibles, no fue aprobado sobre las rodillas y todavía hoy seguirá a discusión. Y eso, como quiera que sea, abre la puerta a la esperanza de mejores tiempos en la función legislativa.

al diálogo". Y añadió: "El nunca a negado a nadie la posibilidad de acercársele y analizar detenidamente los problemas".

Pese a sus declaraciones, este reportero visitó Morelia y

afirmó que los comuneros cometieron el error de tratarse de hacerse justicia por sus propias manos, ya que arriaron el ganado, en vez de presentar la demanda respectiva".

Por otra parte, Capi-